

## PROLOGO

Es un grato honor, un orgullo y un privilegio solo reservado para pocos, prologar la autobiografía de mi padre en la que se relatan incontables historias, experiencias y reflexiones intensamente vividas por José Hernando Pirota alias “Cholín” a lo largo de sus 77 años, con esa impronta de pragmatismo y sabiduría de vida como sello distintivo de su autor.

Si me pidieran que como hijo hiciera como una suerte de resumen fotográfico de los acontecimientos importantes en la vida de mi papá, las imágenes que primero aparecen en mi mente dirían que: nació en la Capital Federal, el 11 de Diciembre de 1942, fruto de la unión de una maestra y un ferroviario (mis queridos abuelos: Haydée Esther Arca y José Pirota); sus primeros años los pasó en las ciudades chaqueñas de General Pinedo y Resistencia; estuvo pupilo junto a su hermano Alejandro Orlando Pirota en el Colegio Don Orione de Sáenz Peña; le tocó hacer el Servicio Militar obligatorio en esos tiempos; comenzó sus estudios de Abogacía en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional del Nordeste con sede en la ciudad de Corrientes, a la que asistía diariamente cruzando el río Paraná en un barquito (“vaporcito”), toda vez que aún no existía en Puente General Belgrano; continuando luego sus estudios en la Facultad de Derecho de la Universidad del Litoral de la ciudad de Santa Fe, donde se recibió de Abogado, se enamoró de quien luego sería su esposa y compañera de vida (mi madre: Elda de las Mercedes Cattani) y jugó al rugby con gran suceso; ejerció su profesión en Resistencia fundando en el año 1968 el Estudio Jurídico Notarial Pirota & Asociados; fue Director del Registro Civil de la Provincia del Chaco, llegando a ocupar el cargo de Director Nacional de todos los Registros Civiles de la República Argentina; integró varias misiones electorales en países latinoamericanos como observador designado por la OEA; protagonizó un grave accidente de tránsito que puso en riesgo su vida y luego sus posibilidades de volver a caminar; y por último y en lo que hace a su descendencia, tuvo dos hijos que llevan su apellido: Martín Diego y Valeria

Lorena, que a su vez lo hicieron abuelo –siempre presente- de cuatro nietos: Francisco, Miranda, Constanza y Juliana.

En lo que hace a las cualidades personales del protagonista de estas memorias, tengo para mí que es un luchador incansable de la vida; buscando siempre el lado positivo de las cosas, con una palabra de aliento y esperanza necesaria en aquellos momentos de dificultad. Decidido a emprender y dar el primero paso -y ayudar a otros a hacer lo propio- con asombrosa simpleza y practicidad.

Adentrándonos en la estructura de esta obra de vida nos encontramos con que se compone de quince capítulos, que se completan con un anexo fotográfico, lo que se traduce en una narración cronológica y coherente de sucesos, recuerdos y vivencias que el autor logra rescatar de su memoria, develando sus emociones, pensamientos y sentimientos más profundos.

En el capítulo primero el mentor de la obra detalla las características generales de su signo zodiacal regente: Sagitario, destacando entre ellas la virtud de asumir riesgos y desafíos como ADN personal irresistible e indomable.

Seguidamente el capítulo segundo se avoca a la etapa de la infancia, niñez y adolescencia, junto a su hermano menor Alejandro -de quien José se define como su ángel protector-, en la que aparece el período de educación formal: la escuela primaria, de pupilo en el Colegio Don Orione; la secundaria, comenzando en el Colegio Don Bosco y terminando en el Colegio Nacional José María Paz; y la universitaria, primero en la Universidad Nacional del Nordeste y luego graduándose en la Universidad Nacional del Litoral; su primer trabajo; el cumplimiento del servicio militar obligatorio; y la decisión de continuar los estudios universitarios en Santa Fe –aun con el desacuerdo de sus padres-, etapa que José evoca como la más linda de su vida.

En la sección segunda aparecen los primeros rasgos de la personalidad del autor, a quien le incomoda la rutina y la injusticia, acentuándose palabras como rebeldía, callejero y soñador.

El apartado tercero se encarga de describir los múltiples deportes en los que incursionó José Pirota (remo, atletismo, fútbol, rugby, paddle, golf), entre los que adquiere relevancia mayúscula su favorito: el rugby, que lo aprendió a jugar durante su ciclo universitario en Santa Fe junto a sus amigos entrerrianos

con quienes compartía la residencia bautizada “El Consulado”, donde con mateadas interminables se repartían las horas entre el estudio y las charlas sobre la pasión por la ovalada. A propósito debo confesar que emociona la crónica del periodista Manuel Arrías, rescatando los valores de mi padre; su cambio de apodo por el de “*Batata*” en el ámbito rugbístico; y las vivencias e ilusiones de jóvenes universitarios, siempre con la amistad como valor supremo. Por lo que entiendo el desconsuelo sufrido por papá al momento de regresar a Resistencia –a pesar de haber obtenido el título de Abogado- dejando en tierras santafesinas los amigos, el rugby y el amor de su novia Elda, alias “Bonne”, a quien luego siguió visitando. Seguramente en no pocas ocasiones habrá pensado en estirar un tiempo más la carrera universitaria y así su estancia en la ciudad que lo cobijó y en la que aprendió un estilo o forma de vida más allá de los límites geográficos de una cancha de rugby.

En el episodio cuarto se cuentan los primeros pasos en el ejercicio de la actividad de abogado de José, tanto en Resistencia como en General San Martín –ciudad ésta última donde dictaba clases en una escuela nocturna e instaló una agencia de quiniela-, con el sabido reconocimiento de su inexperiencia profesional fruto de la falta de enseñanza de la práctica procesal en los claustros universitarios, y el objetivo de ganarse un espacio y hacerse de un buen nombre como profesional del derecho. Así en el año 1968 fundó su propio bufete, al que luego se incorporaría su esposa Elda como escribana y sus hijos Martín y Valeria como abogados, conformando el Estudio Jurídico Notarial Pirota & Asociados, nombre con el que se lo conoce en el ámbito provincial y nacional, una pyme familiar con trayectoria profesional, basada en la capacitación continua, responsabilidad y honestidad profesional de sus integrantes.

El capítulo quinto reseña los distintos grupos de amigos, la pasión por los viajes y su función como dirigente deportivo, llegando a ser Presidente de los clubes Central Norte Argentino e Hindú, ambos de la ciudad de Resistencia.

Seguidamente José recuerda la fiesta que organizamos con mamá y Valeria en conmemoración de sus 60 años, rodeado de la familia y amigos que le dieron un cálido marco, coronada con un emotivo video sorpresa que me tocó producir, armar, compaginar y guionar, recopilando fotos y videos y filmando entrevistas a los familiares directos y amistades cercanas, que fue

proyectado esa noche ante la atenta mirada de los invitados y el asombro de aquel visiblemente emocionado “caballero de las seis décadas”.

En el acápite sexto con la llegada de la democracia a la Argentina en el año 1983, el autor da cuenta de su designación como Director General del Registro Civil y Capacidad de las Personas de la Provincia del Chaco; la implementación de los operativos móviles para erradicar la indocumentación, con un video sobre metodología y práctica para ello; y el trabajo sobre Estrategias Para Acelerar el Mejoramiento de los Sistemas de Registro Civil y Estadísticas Vitales presentado a la Organización de las Naciones Unidas.

A continuación se menciona el incausado e injustificado despido político del cargo de Director del Registro Civil, ocurrido en el año 1992, y la batalla judicial que debió librar José Pirota para lavar su buen nombre y honor, logrando que la Suprema Corte de Justicia de la Nación ordenara su restitución en el cargo y la indemnización por el daño material y moral sufrido por el demandante. Haciéndose eco la prensa provincial que en una de sus publicaciones tituló con tilde paradójica: *“Despedido en el Chaco, la OEA le confía una misión en el Paraguay”*, lo que no da el pie para introducirnos en el comentario del siguiente capítulo.

La sección séptima refleja, como una suerte de revancha, la experiencia internacional recopilada como Observador Electoral designado por la Organización de los Estados Americanos para integrar misiones electorales con el fin de resguardar la transparencia de los comicios en diferentes países de América Latina, como Paraguay, Perú, República Dominicana y Venezuela, ello en reconocimiento a su *expertise* en documentación electoral; debiendo en algunos casos arriesgar su integridad personal y salud en pos del cumplimiento de la tarea encomendada.

El apartado octavo es una muestra de la participación política de José en las distintas etapas de su vida, comenzando en el colegio secundario donde presidió el Club Colegial del Colegio Nacional José María Paz; discontinuada luego en Santa Fe por su marcada vocación deportiva; y finalmente retomada en Resistencia, a través de su participación como fiscal general y de mesa en las jornadas de elecciones, cumpliendo funciones técnicas sobre documentación y padrón electoral; dejando en claro que nunca aspiró a cargos electorales.

Detallándose seguidamente el sinnúmero de publicaciones periodísticas sobre política, documentación, observaciones electorales e interés general que pueden ser consultadas en el sitio web: [www.estudiopirota.com.ar](http://www.estudiopirota.com.ar) en las que el autor se declara un ferviente defensor de la democracia aun con sus imperfecciones; manifestando su opinión a favor del voto electrónico como método para garantizar la accesibilidad, seguridad, transparencia, legitimidad y confiabilidad de las elecciones; dejando entrever su aguda y coherente lectura y visión de estadista sobre la política y la decadencia de los partidos políticos, entre otros temas. Finalizando el capítulo con una señera frase del estadista y político alemán, artífice de la unificación alemana: Otto von Bismarck, que José comparte y desea se replique en la Argentina, que dice: *“Un político piensa en la próxima elección, mientras que un estadista piensa en la próxima generación”*.

En el episodio noveno se describen los cuantiosos viajes alrededor del mundo –incluidos los cinco continentes- realizados por mi padre, con la familia o con amigos, ya sean turísticos tradicionales para conocer ciudades, de relax en playas de arenas blancas o bien, temáticos en los que un evento o espectáculo deportivo o artístico constituye el motivo o pretexto central de la escapada; lo que no dudamos provocaría la envidia del mismísimo incansable viajero veneciano: Marco Polo.

A propósito viene a mi mente el recuerdo del viaje que emprendimos con papá a Las Vegas en el año 2005, resultando la excusa perfecta la pelea por el título mundial de peso mediano entre *Bernard Hopkins vs. Jermain Taylor*, realizada en el estadio Grand Garden Arena del Hotel MGM, donde nos alojamos. Completando la velada boxística con una crónica del combate que fuera publicada en el periódico de nuestra ciudad y que se encuentra transcrita en esta sección. Fue maravilloso, dos generaciones, padre e hijo, con un mismo objetivo: disfrutar, pasarla bien, hablar de cosas de la vida, proyectar. Una experiencia única, imperdible, recomendable, inolvidable y que espero se pueda repetir.

El capítulo décimo relata la afición de mi padre por las motos, comenzando desde su adolescencia hasta los 66 años, en que protagonizó un grave accidente en un cruce de rutas, al momento de guiar una legendaria *Harley Davidson*, en uno de sus viajes con amigos motoqueros.

Se cuentan anécdotas de momentos compartidos en un clima de camaradería, de sensación de placentera libertad, exaltación de todos los sentidos, adrenalina, armonía con el entorno y contacto directo –sin vidrios de por medio- con la naturaleza, en el que la moto resulta -o por lo menos “parece serlo”- el combo perfecto para dicho disfrute. Reconocemos que es una emoción única, incomparable y de difícil asimilación para quien no la ha vivido o experimentado.

No puedo dejar de testimoniar lo que me tocó vivir en primera persona a raíz de aquel fatídico día viernes 15 de mayo de 2009, el que transcurría como un día normal, hasta que alrededor de las 16 horas recibí la llamada telefónica del Dr. Fernando Fracchia (colega y amigo de la juventud de José), quien me informaba –con la prudencia y reservas utilizadas en estos casos- que mi padre había sufrido un accidente de tránsito. A partir de allí todo pasó a un segundo plano y rápidamente nos organizamos con mamá, Valeria y el tío Alejandro para viajar a la ciudad de Posadas donde estaba internado mi papá.

Y otra vez a manera de repaso fotográfico, éstas son las imágenes que quedaron alojadas en mi memoria: mi papá, ese hombre que todo lo podía, internado en terapia intensiva con pronóstico reservado, compromiso de médula ósea y asistido con respirador artificial; la noche de oración intensa junto a mamá y Valeria al pie de la cama de aquel hotel en Posadas; el traslado de mi padre en el avión sanitario rumbo al Hospital Italiano de Buenos Aires, con los pies inmóviles de papá con una coloración blanca y violácea, lo que me daba a entender que no les llegaba sangre; el traslado en ambulancia desde el Aeropuerto de San Fernando hasta dicho nosocomio; la morfina para calmar los dolores; la operación de columna a la que fue sometido; las oraciones y misas diarias a la que asistimos junto a mamá en la capillita del Hospital Italiano; el aparente y contradictorio pronóstico dado por uno de los médicos que participó en la operación que con frialdad y dureza nos dijo que la intervención había sido un éxito pero que nos olvidemos de ver a papá volver a caminar; la confianza espontánea de mi padre que, como lección de vida, desde su cama y tomándome la mano en el postoperatorio me dijo: “quiero que sepas que yo nunca engañé a tu madre”; el posterior traslado al Instituto de Rehabilitación y Educación Terapéutica FLENI de Escobar; el aliento permanente de mi madre, fiel compañera en la prosperidad como en la

adversidad, como Dios manda (“Detrás de todo gran hombre –a la par diría yo en el caso del matrimonio de mis padres-, hay una gran mujer”); las misas de los sábados a la tarde en el FLENI impartidas por ese cura tan particular con pinta de actor de cine; las jornadas diarias de ejercicios con los terapeutas, viendo a mi papá poner todo su empeño y esfuerzo físico y mental para comenzar a dar sus primeros pasos –primero en silla de ruedas, luego con andador y finalmente con muletas-, lo que llamé con la alegría que generan las pequeñas cosas: “caminata lunar”, por el paralelismo que encontré con aquel glorioso día en que el hombre pisó la luna con la recordada frase: “Es un pequeño paso para el hombre, pero un gran salto para la humanidad”, y que hoy, ya habiendo superado esa dura prueba de vida podríamos reformular diciendo: “Es un pequeño paso para José, pero un enorme salto de alegría y esperanza para toda su familia”.

A su turno en el acápite decimoprimer el sagitariano de raza hace un esfuerzo para explicar cómo siguió su rehabilitación en Resistencia y los recursos mentales y espirituales de los que tuvo que echar mano para enfrentar el dolor frecuente y las dudas de cuánto duraría; la movilidad dependiente; la dificultad para la toma de decisiones cotidianas; a los fines de poder recobrar su yo y luego poder reinsertarse en los diferentes círculos sociales.

Este apartado culmina con una confesión sorprendente de José que nos cuenta que este obstáculo que debió sortear trajo aparejado una conversión de su personalidad basada en la autosuficiencia y en la creencia de sus propias fuerzas, al convencimiento de que Dios rige el destino de los seres humanos y a él le concedió la segunda oportunidad, no para vivirla con individualismo, sino para compartirla con la familia, amigos y la sociedad toda. Aunque claro está y a la vista del empeño, espíritu optimista y la perseverancia puesta de manifiesto por mi padre a lo largo de este proceso, bien valdría como enseñanza los refranes que dictan: “A Dios rogando y con el mazo dando”, o “No hay mal que por bien no venga”.

En la sección duodécima José hace consciente las situaciones peligrosas por las que atravesó fruto de decisiones inconscientes y temerarias en las que no sopesaba las consecuencias que las mismas podían traerle aparejado para él y para su familia. El fin del ciclo de las observaciones

electorales y con ello la reincorporación al estudio jurídico familiar. Además la obtención del título de periodismo y locución periodística.

El episodio decimotercero enumera los reconocimientos, distinciones y premios obtenidos por José Pirola, tanto en la faz personal como profesional, entre los que destacan la medalla de oro otorgada por el Consejo Profesional de Abogados de Resistencia por los 50 años en el ejercicio de la profesión abogadil, y la Mención Especial a la trayectoria y valioso aporte en beneficio de la comunidad otorgada por el Concejo Municipal de Resistencia.

También se reseña la creación del premio "*Mens sana y Corpore sano*" y la trayectoria de uno de sus premiados: Alejandro "Puma" Pirola.

En el capítulo decimocuarto José se refugia en sus afectos y en su rol de abuelo presente y comprometido junto a la abuela leía, acompañando a los nietos en las actividades sociales, culturas, deportivas y de esparcimiento; contando algunas vivencias y anécdotas, entre las que aparece la semblanza del "*Dream Team de NY*", junto a sus nietos Francisco y Miranda, con la añoranza de que se conforme el "*Dream Team de los primos*", con Constanza y Juliana que ya están en carrera y piden pista para demostrar sus habilidades, destrezas y carismas.

Párrafo aparte merece el orgullo y emoción que siente mi padre por haber introducido e inculcado a Francisco la pasión por el rugby y sus valores como noble deporte, en el que Fran con sus 18 años registra un presente con alto rendimiento y ascenso, lo que vislumbra un futuro promisorio sin límites geográficos y con final abierto.

El último acto es un canto a la vida en el que mi padre se reconoce con humildad como un sobreviviente bendecido por Dios, dispuesto a que su experiencia traumática con recuperación exitosa pueda servir a otros a superar situaciones o trances difíciles, con un anhelo de esperanza coronado por su decisión de crear una fundación con ese objeto y con el nombre: "Se puede", inspirado en esa amorosa arenga diaria de su Bonne, al bajar papá las escaleras de la sala de rehabilitación del Instituto FLENI, que con abrazos y besos le decía: ¡Viste que se puede!

En suma, celebro que mi padre haya tenido el coraje, la voluntad y el valor de compartir su aventura de vida tan colorida y cargada de matices que merecen ser contados; constituyendo un legado imborrable para la familia, los



amigos y las personas de bien; ganándole la pulseada al olvido y logrando la premisa bíblica de trascender por sus obras.-

**Martín Diego Pirota**

**Resistencia, primavera de 2019.-**